

Larga se nos hizo la legua que dis-  
tábamos del vapor, porque el viento  
aumentaba por grados y las olas levanta-  
ban alto nuestro bote, temiendo noso-  
tros que ántes de llegar quedaríamos se-  
pultados en ellas.

En fin, amiga mia, me voy á descansar  
y despues que pasemos de Jamaica,  
para donde salimos esta tarde, conti-  
nuaré el relato de mis impresiones.

Adios.

Colombia, 25 de Octubre de 1873.

AMIGA MIA:

El domingo 21 del pasado llegué á  
Bogotá despues de algunos dias de na-  
vegacion, viniendo de Nueva York en  
los últimos dias del mes de Agosto; los  
compañeros de viaje anunciaron desde  
cubierta que estaban á la vista las cos-  
tas de Colombia; en efecto, éstas se di-  
bujaban por las alturas de las montañas  
de Sierra Nevada, apareciendo más  
tardé sobre el mar una zona amarillen-  
ta de Este á Oeste hácia el Sur: eran  
las aguas del caudaloso Magdalena que

mezclándose á las del Atlántico, lo trituraban con aquel color. Yo calculaba con sorpresa el gran caudal de aguas que arrojaba este rio por su embocadura, cuando tenia las del Océano á tan larga distancia, y aumentó mi sorpresa cuando, habiendo entrado nuestro buque á surcar este grande espacio amarillo, todavía se presentó á lo léjos otra línea aún mas oscura que la en que íbamos bogando, señal bien clara de que el Magdalena era caudaloso y uno de los rios mas notables de Colombia.

A las tres de la tarde atracó el vapor frente á Sabanilla, puerto nuevamente abierto al comercio que, aunque carece de las condiciones de tal, se prefiere á los de Santa Marta y Cartagena por su inmediacion al rio, que constituye la navegacion al interior por dos ó tres compañías de vapores de poca cala.

Como los buques que llegan del exterior son grandes y quedan en plena mar á distancia como de una legua de Sabanilla, los pasajeros que llegan, se trasladan á una lancha ó barca de va-

por, y pasan á tierra, en donde encuentran un pequeño tren de wagones provisionales que los conducen en ménos de dos horas á Barranquilla, pequeña ciudad de depósito que abriga 25,000 habitantes. En ella se encuentran algunos hoteles regulares y los mejores son: el "Colombia," el "Francés," el "Central," "Victoria" y "San Nicolás" que tienen algunas comodidades y la asistencia es esmerada.

El aspecto de las calles de Barranquilla es un poco melancólico y, como la mayor parte carece de empedrados y la arena y el polvo son abundantes, á las doce del dia reffeja el sol sus rayos abrasadores y se mira poquísima gente en ellas, tomando el conjunto un carácter de desolacion y de soledad. La villa posee algunos edificios regulares que contrastan notablemente con las casas de paja parduzca que tienen á su lado; los almacenes y tiendas son bien provistos de efectos extranjeros; carece de paseos y lugares de recreacion; por lo que la residencia en este

lugar no es muy tolerable, y mas si se agrega el sofocante calor que obliga á los viajeros á detenerse únicamente el tiempo indispensable para esperar los vapores del rio ó del mar que los conduzcan al interior del país ó fuera de él.

Diez días mortales permanecí en esa poblacion ardiente de donde salí tostado por mis cuatro costados, como otro San Lorenzo, y esta demora la ocasionó la espera de vapor que me condujera á mi destino; pero la escasez de agua en el rio impedia que dos ó tres que yacian atracados en el embarcadero, pudieran efectuar su salida.

Desde aquí comienzan las dificultades para viajar por la República de Colombia, dificultades que aumentan á cada paso al dirigirse á los Estados ó poblaciones. De estas dificultades resulta el poquísimo movimiento comercial que hay en todo el país y el escaso acceso de extranjeros que siempre llevan consigo su contingente de conocimientos para hacer adelantar á los demás pueblos.

En Colombia no solamente no hay ferrocarriles ni caminos carreteros, pero ni siquiera de herradura, y los viajeros se abandonan á la providencia de una mula que los conduce hibilmente por los desfiladeros de las montañas, los precipicios y lugares que parece imposible puedan ser hollados por la planta del hombre.

Sin embargo de ser caudaloso el Magdalena, como sus riberas son deleznales, arrastra mucha arena, y se extiende demasiado en muchos puntos y en otros es un archipiélago por las innumerables islas que lo invaden; esta es la causa de que las aguas se absorban en mucha parte y el cauce cambie constantemente, haciendo difícil la navegacion unas veces, y otras perdiendo meses enteros en espera de lluvias para poder hacer los viajes con regularidad.

Yo me embarqué en el "Colombia," uno de los mas bonitos vapores del Magdalena, que hace su viaje á Honda, y á los tres ó cuatro días de nave-

gacion, se le rompió el timon, por lo que en lugar de haber llegado á ese punto en nueve dias, hice la travesía en diez y ocho, reembarcándonos en el "Confianza." pues nuestro vapor llegó cinco dias despues. Inútil es decir las grandes molestias que se experimentaron en todo este tiempo con el calor tropical del rio y las nubes de zancudos que acudian de noche á cebarse en nuestra pobre humanidad á pesar del mosquetero que llevábamos.

La vista que se disfruta en todo el Magdalena es espléndida y posee mil situaciones á cual mas bellas y grandiosas; la vejetacion que borda sus riberas es colosal y magnífica; se entrelazan el corpulento caracoli con la ceiba y el pino y éstos cobijan con su sombra otros arbustos, subiendo á veces las múltiples enredaderas, que cubren como con un manto de esmeralda, tachonado de florecillas de diversos colores, las copas de aquellos gigantes, descendiendo su orla en tortuosos giros hasta mezclarse con las mas pequeñas

plantas, saliendo de vez en cuando de en medio de éstas, por aquí el sedoso plumaje de una guadeca ó el elegante penacho de una palma; por ahí las airosas hojas del platanillo ó la palma cimarrona que semeja un abanico abandonado por las hadas y, por todas partes, plantas y flores de extrañas formas, armonizando sus distintos verdes desde el mas claro alimonado hasta el ceniciento ú oscuro de esmeralda.

Algunas veces por entre las masas de verdura impenetrables á los rayos del sol y que sería difícil que el hombre pudiese penetrar por entre su intrincado laberinto, aparece un grupo compacto de arbustos al borde del rio, cuyas ramas verde claro besan sus aguas y forman muralla á un templo central con las copas de árboles colosales y verdinegros, cuyos troncos semejan altísimas columnas ó bien mástiles con todas sus jarcias por los mil cables que descenden hasta el suelo tirantes y rectos como si la mano del marino los hubiera colocado; entre los brazos que sostienen la cú-

pula de este templo de vegetacion se columpian retozones los monos de piel roja, como burlándose de los viajeros y saltando de rama en rama para manifestar su destreza; alguna garza que de las aguas elevó el vuelo espantada á la vista del vapor, manifiesta su nítida blancura sobre el oscuro del follaje y por todas partes se escucha un concierto de pájaros de hermoso plumaje, mezclando su canto á la jácara de los loros y á los chillidos de las guacamayas que atraviesan las bandas del Magdalena siempre en concertadas parejas; todos estos ruidos resuenan en el espacio y su eco es perceptible á larga distancia como por entre espaciosas galerías, experimentando el viajero en todo este conjunto, un sentimiento religioso que lo hace considerar mezquinas las obras de los hombres, compradas con las de la naturaleza.

A cada milla que avanza el vapor, las situaciones son diferentes, la decoracion cambia notablemente y los objetos que se presentan, llaman de nue-

vo la atencion. Si él va por el centro del rio, las dos riberas se abren á sus lados majestuosamente con sus bosques intrincados y la perspectiva se pierde en un azul vaporoso con el del cielo trasparente en donde nadan algunas nubecillas que se retratan coquetas sobre la tersa superficie de las aguas: de repente parece que se cierra el paso y una muralla colosal y compacta de verdura va á detener la marcha del vapor; pero avanza éste y á poco se mira una curva que imprime nuevo giro al camino ó éste se abre en dos brazos, presentándose ceñida de ellos una isla circular ó de otra forma que las corrientes le han impreso; siguiendo adelante, siempre va variando la óptica seductora y descubriendo á cada paso nuevos y dilatadísimos horizontes, que parece que no tienen fin.

De trecho en trecho, sobre alguna de las riberas del rio, se descubren á lo lejos puntos cenicientos; son algunas aldehuelas ó ranchos de paja cuyos dueños viven de la caza y la pesca, sembrando

el plátano, la *arracacha* ó la yuca ó vendiendo leña á los vapores. Estos campesinos son semibárbaros porque no cultivan los campos y ni siquiera se dedican á la cria de gallinas, vacas ni otros animales como lo verifican los de otros países. Cuando atraca el vapor para tomar leña en alguno de estos lugarejos ó barracas, aparecen en grupos hombres medio desnudos y mujeres llevando algunos niños pequeños montados en el cuadril y desnudos enteramente. La mayor parte de esta pobre gente, manifiesta el tipo africano y revela igualmente, en medio de su degradación una naturaleza enfermiza, bien por la anemia ó por las calenturas intermitentes, propias de estos lugares cenagosos.

El «Puerto Nacional» de Santander, el «Banco,» «Magangué,» «Calamar,» «Chingalé» y otro, son los únicos lugares en donde la gente es ménos degradada y suelen verse algunos mestizos y blancos.

La navegacion del Magdalena es pe-

sada por varios motivos y principalmente por el terrible calor que hace, pues se deja sentir con toda su fuerza cuando el vapor se detiene á tomar leña, porque entónces no sopla el viento.

Por esto comprenderás, amiga mia, cuánto sufriría yo en los diez y nueve dias que duró la navegacion.

No debo pasar en silencio los peligros reales que existen en el Magdalena, y son unos lugares que llaman chorros: de Guarinó, Perico, Mesuno, Lambepatos y Juana Sanchez. Estos lugares son el verdadero mónstruo de la fábula, que se han tragado algunos buques, cuyos restos se miran aquí y ahí como mudos testigos de horrosas catástrofes, acaecidas en diversas épocas. (1)

Estos chorros consisten solamente en algun ángulo ú otra irregularidad del terreno que delinea el rio en su curso, ó en grandes piedras, ambas cosas fáci-

---

1 Se enumeran de diez y ocho á veinte buques perdidos.

les de hacer desaparecer; la primera modificando un poco el terreno, y la segunda volando los peñascos con pólvora ó dinamita; pero está en pié el peligro y pasan años y años y jamás se piensa en poner el remedio.

Desde la víspera de llegar á los mencionados chorros, no se habla de otra cosa entre los compañeros del vapor, que de los naufragios que han acaecido en ellos, pintando escenas tétricas y terribles con los mas negros colores, que ponen miedo en el corazón de los que por primera vez exponen allí su existencia: momentos ántes de pasar por esos verdaderos precipicios, algunos pasajeros prácticos invitan á otros á pasar á popa con la hipótesis no muy remota de que pueda reventar la caldera y tal vez ponerse en salvo, si no los mata un fragmento, en el agua ó á la ribera del río, que á mi entender de ningún modo lo conseguirían por la furia de la explosión, y que si no se ahogaban, se los merendaba un caiman ó se hacían mil pedazos contra la orilla.

Los empleados del vapor, cuando solamente faltan una ó dos cuadras para llegar al temeroso lugar, se asoman emocionados como si vieran una serpiente de siete cabezas, con cuyas demostraciones los pasajeros agonizan y sufren espantosamente en cada uno de los chorros, en los que, lanzándose, sin embargo, toda la potencia del vapor, á veces retrocede el buque arrastrado por la impetuosa corriente, y al hacer éste nuevos esfuerzos, se siente temblar y entónces se experimentan emociones aterradoras.

Pero por fortuna se ha salido del último chorro y sólo se piensa con alborozo en llegar á Caracolí, puerto de la ciudad de Honda.

A las tres de la tarde llegamos á este lugar y me ocupé inmediatamente, como los demás pasajeros, en proporcionarme mulas de silla y carga. No deja de ser molesta esta circunstancia en un país difícil de transitar, por la absoluta falta de elementos para el caso, porque á veces no solamente no se

hallan carruajes ó caballos, que de esto ni se platica en los caminos de Colombia; pero ni mulas y mucho ménos monturas.

Cuando acaece esta última emergencia al viajero que no conoce á nadie, y que la tal montura no se encuentra ni á peso de oro, ¿qué hará para poder seguir su camino? A la consideracion del lector dejo la tortura que experimentará.

Pero antes de pasar adelante, es necesario hacerte, María, la descripción del puerto de Caracolí: tú te imaginarás que éste es como tantos otros, bien embaldosado, entablonado, cubierto y con otras comodidades para el desembarco: pues no, señor. El muelle de Caracolí es una barranca primitiva erizada de peñascos á cuyo borde se arrima el vapor, y la gente desembarca, mirando dónde pone el pié para no rodar, y llega á una planicie ó plazoleta irregular en la que se mira una bodega techada de teja y de aspecto ruinoso, que sirve para guardar las mercancías que llegan

de Europa ó van á ella; mas adelante está una tiendecilla con un mal armazon que ostenta varias botellas, y en donde venden *guarapo* (1) y algunas veces pan de tres ó cuatro días.

Frente á ese lugar se encuentran los arrieros que alquilan las mulas que regresan á Bogotá ó á otro punto, y allí se comienzan á experimentar las peripecias de un camino que apenas merece el nombre de tal, por la dificultad mencionada de hallar silla, freno y espuelas.

Yo tuve que pasar á Honda para proporcionarme esos objetos indispensables, y como era ya tarde, dispuse mi salida para el interior á la mañana siguiente. Al salir para la referida ciudad de Honda, se toma una canoa ó pequeño bote para pasar al otro lado del río, que es donde rompe el camino; algunas veces hay un caballo de alquiler para verificar la travesía; pero como yo no lo hallé porque algun otro se me adelantó, emprendí la marcha á pié,

1 Bebida fermentada de panela.